

OJEADA RETROSPECTIVA.-Un día de Reyes en la Habana en 1850- Por X. Mar
mier.- - - - -

EL "día de Reyes" es aquí la fiesta de los negros. Sea por una remanencia de las antiguas saturnales, sea en memoria del rey negro, de la Etiopía, que llevó sus presentes al establo de Belén, este día todos los negros quedan en libertad; sus amos les dan "aguinaldos", y ellos van a pedirlos a otros, a las puertas de las casas principales. De un extremo a otro de la población, artesanos, jornaleros, domésticos, se reúnen en diferentes cohortes, en torno del que representa el jefe de su tribu. Porque la población africana de Cuba, proviene de muchas razas (naciones) que, aunque viviendo bajo el mismo yugo, conservan una fisonomía y hábitos distintos.

Hay:

Los *congós*, generalmente perezosos, mendaces, inclinados al robo, apasionados por la música y el baile;

Los *lucumis*, altivos y fieros;

Los *macías*, de la costa de Mozambique, indolentes, pero suaves y apacibles;

Los *carabalís* de la costa occidental de Africa, avaros, industriosos y frecuentemente embriagados;

Los *minas*, de figura estúpida;

Los *avaras*, sin energía y sin carácter;

Los *mandingas*, dóciles, sumisos y honrados.

El día de Reyes cada "nación" aparece en La Habana con su traje nacional y sus instrumentos de música. Sinceramente doy gracias a mi buena fortuna de viajero que me ha permitido asistir a tal espectáculo. En el recinto de una sola ciudad ví todo un muestrario de los trajes bárbaros del Africa, y no es posible imaginar un conjunto de escenas más bufo ni más grotesco. Los jefes, sobre todo, son soberbios; unos se adelantan montados en altos zancos, como los bascos (vascos), y cuando se fatigan de su marcha aérea, caen entre los brazos de dos de sus acompañantes que los conducen complacientes, mientras un tercero sostiene las pesadas piernas de pa-



lo y las llevan por detrás con tanto respeto como las damas de honor llevaban la cola de su señora; otros van de pies a cabeza cubiertos de hilazas, para imitar la piel de un oso; otros llevan sobre la cabeza un castillo de plumas, una floresta de *bouquets* artificiales; otros llevan la cabeza y el cuello cubiertos con un cu-

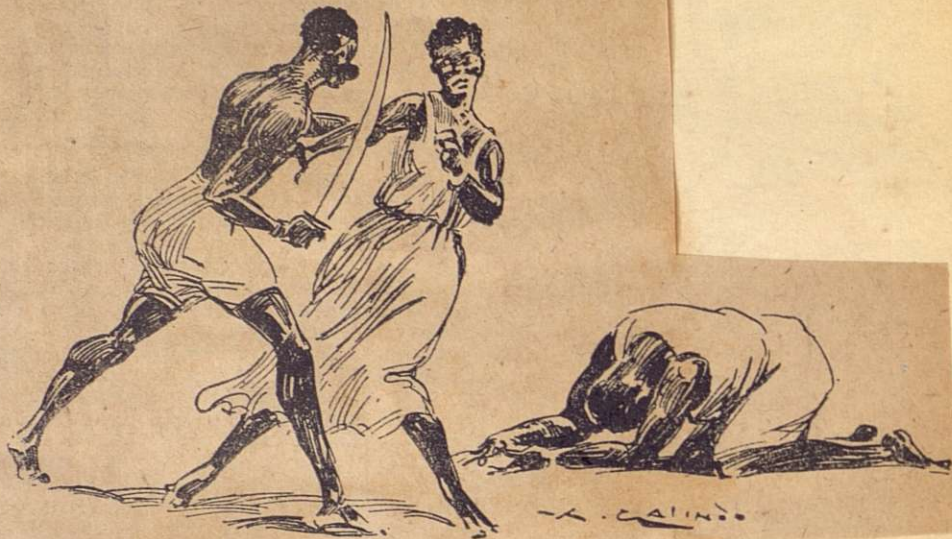
IP

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

curucho al través del cual, por unos agujeros, relucen unos ojos chispeantes; otros dan a su semblante la apariencia de un ave de rapiña o de una bestia feroz. Un gran número va desnudo hasta la cintura, con tatuaje o pintura en las mejillas, las espaldas, el pecho. Unos se rayan con ocre, otros de blanco; no faltan los que, creyéndose poco negros aún, se pintan a rayas con ese color.

Las mujeres, en su mayor parte, van vestidas con telas de colores chillones; una flor en los cabellos; un cigarro en los labios; su capa de pintura roja, verd



o blanca en las mejillas, siguen con paso alerta el cortejo de que forman parte, hasta el lugar en que se detiene para bailar.

Bajo las ventanas del gobernador, en las plazas públicas, en las esquinas de las calles más frecuentadas, el "jefe" da la señal. Pronto los músicos se colocan a un lado con sus instrumentos... ¡y qué instrumentos!

Todo lo que silba, todo lo que ruge, todo lo que tinteína con los tonos más agudos y más discordantes, constituye esta diabólica



...noblaciones de clima lluvios o: 'paraguas municipales con trolley'...



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

curucho al través del cual, por unos agujeros, relucen unos ojos chispeantes; otros dan a su semblante la apariencia de un ave de rapiña o de una bestia feroz. Un gran número va desnudo hasta la cintura, con tatuaje o pintura en las mejillas, las espaldas, el pecho. Unos se rayan con ocre, otros de blanco; no faltan los que, creyéndose poco negros aún, se pintan a rayas con ese color.

Las mujeres, en su mayor parte, van vestidas con telas de colores chillones; una flor en los cabellos; un cigarro en los labios; su capa de pintura roja, verd



o blanca en las mejillas, siguen con paso alerta el cortejo de que forman parte, hasta el lugar en que se detiene para bailar.

Bajo las ventanas del gobernador, en las plazas públicas, en las esquinas de las calles más frecuentadas, el "jefe" da la señal. Pronto los músicos se colocan a un lado con sus instrumentos... ¡y qué instrumentos!

Todo lo que silba, todo lo que ruge, todo lo que tintinea con los tonos más agudos y más discordantes, constituye esta diabólica



orquesta. He aquí virtuosos que se ponen a horcajadas sobre un tronco de árbol hueco, con un pedazo de cuero grueso extendido en una de las extremidades, que



percute a dos manos, con golpes redoblados. Cerca de él otro agita a manera de marugas (*maracas*) unas cestillas cerradas, con guijarros dentro. Los hay que llevan flautas de las que sin duda el dios

Pan no ha dado el modelo. Otros llevan una especie de arpa (*marimbula*) con media docena de cuerdas, que haría verter lágrimas al dios de la música filandesa, el tierno Waienemoin e m, no lágrimas de entusiasmo; sino de indignación y dolor.

A esta algarabía sin nombre, a esta cerrada que envidiaría una banda de pilletes, se unen los roncacos acentos de los gahnates aprisionados en las máscaras, gritos de buhos, silbidos de áspid, ladridos de perro. Es la señal del baile. El jefe montado en sus zancos salta y gesticula como un mono. El que lleva la piel de oso se sacude vivamente (el *diablito*)



se inclina hacia el suelo, salta de improviso como si fuese a arrojarse sobre una presa; el del penacho de plumas se

4

75

balancea y gira; después toda la cohorte se pone en movimiento; hombres y mujeres se alinean, unos frente a otros y bailan. No, la palabra *bailan* no puede dar idea de aquella escena; es un estremecimiento nervioso, una sacudida de todos los miembros; los cuerpos se agitan, se tuercen, se repliegan, se levantan y saltan como salamandras en el fuego. Los pies, los brazos, las caderas, el pecho, todo entra en acción, en actitudes que no puedo describir y de las que la más sencilla haría enrojecer la virtud de nuestros sargentos de caballería. ¡un verdadero horror!

Un círculo de curiosos, de los dos sexos, asiste, en pleno día a esta asombrosa coreografía sin que parezca sorprendido.

Una sola de estas danzas, pues no encuentro otra palabra, tiene un carácter interesante: la del sable. Un negro, sin más vestido que un calzón, entra en la arena, con una espada de madera en la mano. Frente a él avanza una mujer bajando la cabeza con aire de timidez.

El negro blande el arma, la mujer hace un movimiento de lado como para huir, luego vuelve y se inclina como una esclava sumisa, y, por sus manos juntas, por sus miradas suplicantes parece invocar piedad. El negro enternecido se lanza para tomarla en sus brazos, hasta que al fin se de

tiene como fascinada por el fulgor de los ojos que la siguen sin cesar, o subyugada por el terror. Hay en esta pantomima todo un romance de amor, todo un drama de pasión impetuosa, tanto más sorprendente cuanto sin duda es un fiel simulacro de los dramas reales que deben con frecuencia ocurrir bajo el ardiente sol de Africa.

Quando este ejercicio de acróbatas, de guerreros, de salteadores lascivos termina, uno de ellos se acerca a la ventana de la casa a que la tropa ambulante acaba de ofrecer esta representación para recibir la recompensa.

Y así van de tramo en tramo repitiendo la escena.

Sea cual sea la



grosería de estos juegos, tienen no obstante un sello difícil de olvidar. Los negros disfrutaban de su día de libertad, de sus cantos y de sus bailes con alegría de niños. Siguiéndolos yo como un niño también, de plaza en plaza, de calle en calle, sobre el barro, donde saltan como sobre



una alfombra, pensaba que acaso más de uno, bajo su irrisorio disfraz, añoraba su pueblo natal, y entonces los observaba con un sentimiento de piedad.

Es por otra parte un hecho notable que esta saturnal de negros, tan ruidosa y a veces tan salvaje, termina a tiempo fijo, sin querellas, sin desorden. Por la tarde, a la puesta del sol el tambor deja de batir, el oso se despoja de su forro; el guerrero abandona su sable, el jefe depone su diadema de plumas. Cada uno vuelve pacíficamente a su casa; y el dinero que se ha recogido se guarda para cubrir los gastos de la misma fiesta el año siguiente.

Mas todo lo agradable de este mundo se ha ido ya, o se está yendo. Torneos caballerescos; asambleas pomposas de las corporaciones o gremios; teatros ambulantes; carnaval de Venecia. Una legión de gentes graves, en su gravedad, más severa que la de la Iglesia nos condena todo el año a la cuaresma de la razón. De todo aquello no nos queda más, para distraernos, que la gran hipocresía de los pretendidos regeneradores de la humanidad.

El día de Reyes no es en La Habana lo que era antes. Un gran número de domésticos negros mira desde lo alto de los balcones pasar la procesión africana, como la gente de buena casa mira a los callejeros. Otros afectan un profundo menosprecio de estas paradas nacionales.

Los negros tienen también su aristocracia, porque ¿dónde no germina esta maldita simiente?

Los que tienen la buena suerte de haber nacido en suelo de Cuba y que tienen por gloria ser *criollos*, consideran como gente inferior a los infelices africanos. Después hay los *recriollos*, productos de una tercera o cuarta generación, que creen tener en sus manos un título de grande de España...

La Habana, enero de 1850.



Heraldo de Cuba
ag. 7/1927



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA